

# LA OBRA

REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS  
::: ARTES, CIENCIAS, EDUCACION :::

*Palabras de la Dirección.*—JUAN B. TERÁN: *Circular.*  
RICARDO JIMÉNEZ: *Una carta.*—J. MORENO VILLA:  
*Mayoral.*—RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *La visión  
optimista.*—GUILLERMO VALENCIA: *Divagaciones.*  
OMAR DENGO: *Páginas de la Escuela Normal.*



25 CTMS.

San José, C. R., 15 Febrero 1918 : Tomo I : No. 1

# LA OBRA

Dirección y Administración: San José de Costa Rica, C. A.

Apartado de Correos número 533

Toda correspondencia debe remitirse al Director y Propietario: J. García Monge.

## CONDICIONES:

El número suelto .....	₡ 0.25
La serie de 10 números pagada por adelantado y solicitada directamente al editor: En Costa Rica .....	2 00
En el Exterior .....	\$ 1 000. am.

---

---

## EL CONVIVIO

Escrituras cortas, antiguas y modernas

A 50 CTMS. EL TOMITO

Director: J. GARCÍA MONGE

Punto de venta: LIBRERÍA TORMO, junto a «La Magnolia»

### TOMOS PUBLICADOS:

- Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus* (Versos).  
» » » *Pastorales y Jacintos* (Versos).  
Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote* (Conferencia)  
Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada* y otras poesías.  
Giacomo Leopardi: *Parini o De la Gloria* (Tratado).  
Leopoldo Lugones: *Rubén Darío* (Perfil).  
Federico de Onís: *Disciplina y Rebeldía* (Conferencia).  
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y heroísmo* (Conferencia).  
Santiago Pérez: *Artículos y Discursos*.  
Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac* (Ensayo).  
José Enrique Rodó: *Cuentos Filosóficos*.  
Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares*.  
Juan Valera: *Parsondes* y otros cuentos.  
Enrique José Varona: *Emerson* (Perfil).  
» » » *Con el eslabón*. (Pensamientos).  
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones* y otros artículos.  
Antonio de Villegas: *El Abencerraje* (Novélita).

# LA OBRA

REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS  
:-: ARTES, CIENCIAS, EDUCACION :-:

Tomo I

Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(*Ariel*, 1900).



Publicada por Joaquín García Monge

San José de Costa Rica, C. A.

1918

*Queremos construir. Queremos realizar la obra propia y ayudar a la ajena.*

*Trabajaremos con ánimo contento y optimista.*

*Creemos servir al país con estos empeños editoriales. El país necesita de publicaciones al servicio de su cultura, que propaguen ideas, que renueven ideas, que revisen los valores tradicionales en sentidos diversos, en lo literario y filosófico como en lo artístico, lo político, lo docente y demás actividades de la vida nacional.*

*En esta Revista pueden trabajar, desde esta Revista pueden hablar, por consiguiente, los que saben y están en condiciones de dar consejo al país, de ayudar con buena voluntad y sinceros propósitos. Para todos hay campo: poetas, artistas, profesores, estadistas, hombres de acción. Los esperamos.*

*Prometemos en la dirección de esta Revista, amplitud de criterio y tendencia invariable a huir de los exclusivismos.*

*Los colaboradores son responsables de las ideas que emitan.*

*LA OBRA quiere ser también un repertorio americano, que registre en sus páginas lo que manifiestan los hombres que en América saben más. También quiere ser una antología—hasta donde sea posible—de la prensa de ambos mundos.*

15 de febrero de 1918.

# CIRCULAR DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE TUCUMÁN

*Las ideas y los anhelos del ilustre Rector de la Universidad de Tucumán (Rep. Argentina), consignados en la Circular dirigida a las maestras egresadas de la Escuela Pedagógica de dicha Universidad, con frecuencia de nuestros labios las han oído los alumnos de la Escuela Normal de Costa Rica. Por lo mismo, suscribimos esta Circular y recomendamos su lectura a los normalistas graduados en 1915, 1916 y 1917, tal como si para ellos se hubiera escrito.—J. G. M.*

Tucumán, octubre de 1917.

Señorita maestra:

Saludo por intermedio de la directora de la Escuela Pedagógica «Sarmiento» a las maestras egresadas en 1915-1916, con mis votos por la felicidad personal a que son acreedoras, como obreras de la felicidad social.

Está segura la Universidad que responden, en la práctica de sus funciones, a las esperanzas que fundó en su acción.

Y quiere en este momento en que resta todavía un margen para la jornada del año de docencia, y en que se aproxima la prueba que han de dar, por sus frutos, de la labor realizada, recordarles que esperamos ansiosos esa prueba y que seguimos con interés y con simpatía su trabajo, dispuestos a secundarlo sintiéndonos solidarios con sus esfuerzos y su suerte.

Encontrarán en la escuela que las ha formado, y en la Universidad que las diplomó, una simpatía permanente.

No olvido, por cierto, que las egresadas en 1916 son las primeras maestras a quienes hemos otorgado diploma especial de docencia agrícola.

La primavera señala deberes especiales a esas diplomadas. La Universidad las reputa sus agentes naturales y los más eficaces de propaganda agrícola.

Esta primavera se presenta muy favorable para el buen éxito de sus siembras.

La escuela será siempre el lugar de mayor eco para cualquier voz. Siempre hay semillas a la mano y no ha de faltar un puñado de tierra, o siquiera un cajón para llenarlo con ella, en que aquéllas hayan de germinar.

La crianza de una planta, mejor si son varias, flores y legumbres,—como están mezcladas en la vida—será la mejor lección objetiva para el niño y la más útil sugestión para la vida práctica de ese niño cuando se haga hombre.

Escuche usted las palabras de un filósofo chino: el pueblo es como el árbol. La agricultura es la raíz; la industria y el comercio las ramas. Si la raíz se daña, las hojas caen, las ramas se quiebran y el árbol muere.

Por eso no bastará que enseñe a los niños; será necesario educar a los padres de esos niños, mostrándoles lo útil, lo provechoso y lo fácil que es tener una huerta que alegra el fondo de la casa y da el más sustancioso y sano alimento de la mesa. Esa enseñanza es indirecta, porque la obtiene por medio de los propios niños, haciendo que ellos lleven a la mesa de sus padres las legumbres que han cultivado en la escuela.

Para este fin, la formación de *clubs* agrícolas es el

procedimiento más eficaz. Reuna los niños un día, de la escuela y de fuera de la escuela, y dígales que van a formar un *club*. En un pedazo de tierra se disponen los pequeños tablones separados por pequeños surcos. Cada niño será el cultivador de un tablón, o si se quiere, se puede dedicar uno para cada dos.

Los niños sembrarán tomates o lechugas o porotos. La emulación entre ellos aparecerá inmediatamente. El curso del crecimiento será una preocupación constante. La cosecha será una fiesta y el otorgamiento de premios un asunto importante en la localidad. El club tendrá ya una personalidad y los padres se incorporarán a él con su interés y sus estímulos.

Si usted funda un club agrícola de muchachos o niños, tendré un gran gusto en concurrir personalmente a festejar su trabajo.

Hacer la extensión escolar, es decir, alcanzar con la acción de la escuela a todo el vecindario que la rodea, es la prueba de la verdadera vocación docente y el medio para que la escuela sea lo que debe ser, la casa de mayor atracción y de mayor autoridad en su ciudad, en su barrio, en su aldea.

Hay otros asuntos propios para esa gestión, para esa extensión escolar igualmente interesantes y para cuya eficacia la escuela «Sarmiento» hizo el esfuerzo de una esmerada preparación.

Me refiero a la higiene infantil, que, por cierto, no estará de más extender en sus preceptos más simples, a los adultos.

Tan grande es esta tarea que no será sino inmensa la cosecha con sólo limitarla al primer agente higiénico: el agua.

«La civilización en la primaria forma del agua» es toda-

vía ignorada, desgraciadamente, en lugares apartados de la provincia. La limpieza personal, el agua abundante y frecuente, el lavado de los dientes.

Permítame usted dos palabras: El cuidado de los dientes es un asunto de una trascendencia desconocida en las poblaciones. No saben que es la mitad de la digestión y base necesaria para la alegría que da la buena digestión. No hay trabajo rendidor para un enfermo de los dientes. Los pedagogos saben bien que un niño con dientes enfermos es desatento e indisciplinado, malhumorado y apático. Ustedes saben todas preparar por unos centavos pastas de dientes. Enséñenlo. Demuestren cómo gastando dos minutos cada día se economizan años de pesares y molestias. Logrando esta tarea aumentarán la riqueza de la provincia en muchas horas de trabajo útil, suprimiendo las malas dentaduras, que son causa de mal humor, de fallas en el trabajo y de malas nutriciones.

Después, las señoritas maestras saben y sienten mejor que nadie el valor de la alegría y de una línea de belleza en la vida.

Enseñen a crearla utilizando elementos que están siempre a la mano. Con maderas toscas se hacen muebles rústicos, mesas, sillas, estantes, asientos de jardín. Con varilla de sauce o caña hueca se hacen canastos que se llenan de flores o de trepadoras. También se pintan y decoran fácilmente, si son de caña hueca. Las hojas secas de pencas permiten construir pequeños marcos.

A propósito de pencas es necesario rehabilitar esa noble planta con que se construye el más seguro cerco y que regala una fruta sabrosa y nutritiva. Un superficial concepto de

simetría e imitación nos hizo abatir inconscientemente los viejos cercos de pencas, que daban al campo un aire silvestre encantador y un motivo de recuerdo inolvidable a la memoria de las correrías infantiles.

La práctica, pues, de la enseñanza de agricultura, higiene y trabajo manual dan el verdadero y más útil sentido al trabajo de la maestra.

La maestra que difunda la huerta, el plantel de flores que haga amar la casa y los dientes limpios, por cuya acción el padre, la madre y los niños sean capaces de hacer muebles rústicos por sus propias manos y adornar la casa con los materiales que la naturaleza da gratuitamente, será una benemérita de la patria y encontrará en ello un regocijo inmenso.

Sea usted feliz, señorita maestra.

JUAN B. TERÁN.

(*El Monitor de Educación Común*. Buenos Aires.)

## DON RICARDO Y "EL CONVIVIO"

Cartago, enero 25, 1918.

Señor don JOAQUÍN GARCÍA MONGE

San José.

Mi estimado amigo:

Gracias muy sentidas por el envío de su último número de *El Convivio*. Veo, por las veces que usted ha publicado obras de Varona, que usted tiene vivas simpatías por ese autor. También las tengo yo; soy un admirador apasionado suyo. Lo creo el cubano más ilustre de los que viven. *Con el eslabón* tiene cosas de mucho valor. El estilo que escogió Varona es el de los comprimidos farmacéuticos. Eso le quita al estilo corriente de Varona mucho de su fluidez, y, a veces, de su claridad; pero de todos modos, allí están las cualidades excelentes del escritor y del filósofo. Su publicación, ha sido una buena resolución de usted. Dice Varona muchas cosas que debieran ser leídas y meditadas por las gentes de por acá, cuyo criterio necesita tanta luz que lo alumbre y tantas rectificaciones.

Ya que usted ha dado cabida en su publicación a un cubano ¿por qué no hace otro tanto con otro que también fué muy eminente? Me refiero a Enrique Piñeyro, el Sainte Beuve de las letras castellanas, por lo que sabía, por su profundo talento crítico, por su gusto literario purísimo. Sus ensayos sobre Madame Rolland, Dante, Washington y otros muchos, todos admirables, me parece que serían leídos con placer por el público que usted está guiando. Además, a usted, que tiene relaciones con cubanos, le será fácil conseguir los trabajos de Piñeyro, si no los tuviera. No le ofrezco ninguno, porque ninguno tengo hoy.

Su afectísimo

RICARDO JIMENEZ

## MAYORAL

Estaba el pequeñín de mi portera jugando con el perrito. Lo tenía sujeto con una cuerda y tiraba de él como quien tira de un artificio de cartón, solamente que con menos éxito. El perro se resistía. No se conformaba a pasar por objeto de recreo y mucho menos por mula. Porque lo más interesante de aquella escena era que el niño, al dirigirse a la bestiecilla, la trataba como si fuera mula, y no perro.

«¡Anda, mulita! ¡Anda, mulita!»

Y lo decía tan serio; y era tal el convencimiento que mostraba en su semblante y ademanes, que a poco hubiéramos acabado viendo también nosotros una mulita en la humilde figura canina.

Yo sé positivamente que aquel niño, en sus horas normales, sabía distinguir entre una mula y un perro.

Y no es que estuviera loco, ni chiflado.

¿Qué fuerza misteriosa imperaba entonces en el ánimo del hombrecito?

El hecho es que estaba sometido a un deseo fugaz y momentáneo. Para su diversión necesitaba una mulita y, a fuerza de desearla, acabó por verla, manejarla y acariciarla.

Esta maravilla me tuvo en suspenso un rato. ¿Acabará uno por hacer, como el niño, de unas cosas otras cosas, por la mera voluntariedad de que lo sean, aunque de esto no tengamos visión clara?

¿No hay quien se engaña, no ya con las cosas que le rodean, sino consigo mismo?

Tú, por querer ser escritor, ¿lo serás?

Tú, por querer ser maestro, ¿lo serás?

### DESARROLLO DE LO MISMO

El niño anotó en su memoria—libro que al principio tiene las mejores páginas, las más blancas y dispuestas para conservar el rasgo más leve—, anotó una experiencia que equivalía a este razonamiento: «Los hombres más fuertes, más valerosos, los que parecen más hombres, son los que con el látigo en la mano derecha y las bridas en la otra, dan voces y mandatos. ¡Quién fuera mayoral!» «¡Yo quiero ser mayoral!», estuvo repitiéndose un día y otro. «¡Yo quiero ser mayoral, como los hombres!» «¡Yo quiero ser mayoral!»

Y un día, esta misma tarde, se sintió mayoral. Y sin más dudas se fué al perro, al único animalejo que hubo a mano, y con la cuerda y una varita comenzó a arrearle como si fuera mula gallarda y postinera.

Y el perro, ¡claro!, no entendió lo de la brida, ni lo de *jarre!*

Si le hubiesen dicho *¡Fuera!*

\* \* \*

Han transcurrido algunos años. El niño aquel ya no es el mismo, naturalmente, pero es otro niño. Ahora, el deseo de ser mayoral se le ha convertido en algo más extenso y complicado. Quiere ser mayoral como quieren serlo todos

los hombres; de un modo general, dilatado. Mayoral en todos los órdenes, porque guíe, pegue y mande.

Pero esto mismo ya no está en el primer plano de sus afanes, porque empieza a realizarse mecánicamente.

Ahora es otra la aspiración.

Su primer deseo perteneció al mundo de la fuerza física. Era un deseo brutal, de dominio, poder y mandato, por la voz, el gesto y los puños.

Ahora ya le acucia un afán de otra categoría mucho más tenue. Ha empezado a indagar por la mirilla del espíritu y ha visto que hay unos hombres que enseñan y unos hombres que escriben cosas originales; cosas que los otros recogen y enseñan.

Y ahora, como entonces, ha comenzado a roerle las entrañas el vivo anhelo de ser como alguno de ellos; como el que escribe cosas bellas o como el que las enseña. Y no cesa de repetir día por día: «Yo quiero... yo quiero».

Y llega la hora. La tremenda hora de salir a la realidad con sus sueños y deseos, y... ¡ay, amigos míos!

Pueden suceder dos cosas, entre otras:

1ª. Que nos creamos mayorales y no seamos más que perreros.

2ª. Que demos el trato y hablemos a los humildes perrillos como si fueran altas y poderosas mulas.

¡Qué dos desgracias!

J. MORENO VILLA

(España, Madrid).

## La visión optimista

*Mi vecino, al pasar esta mañana,  
me dió los buenos días y dejó en mi ventana  
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,  
húmedas de rocío. Desde un cristal, las rosas,  
cual tres imaginarias, ideales  
cabezas fraternales,  
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento  
el solidario apoyo de su aliento  
común en que la idea se perfuma  
de bondad y al surgir besa la pluma.*

*¡Oh, clara, fresca y suave compañía  
que me hizo bueno en todos los actos de este día!  
pues fué mi corazón como una fuente,  
pródigo, musical y transparente;  
fluyó de mis palabras recóndita dulzura;  
ni la violencia ni la crispatura  
mancharon el espíritu o la mano  
llenos del oro del cariño humano,  
y ¡oh, noche!, en esta hora bella y santa  
del ensueño, mi amor se aviva y canta.*

*Vecino: si los hombres supieran obsequiarse  
con rosas de su huerto al saludarse,  
si al pasar como usted esta mañana  
nos dejáramos todos la flor en la ventana!  
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,  
comunidad viril en la belleza!  
¡Armonía del músculo, la frente  
y la delicadeza!*

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

(Antología contemporánea de poetas argentinos. 1917).

## DIVAGACIONES

Para DIEGO URIBE

Decididamente la hora actual no es propicia para los poetas. El Periodismo blande su espada flamígera ante el Paraíso... de la política vedándoles la entrada, y las verdades que sustentan—siquiera tengan la evidencia inócua de las de Perogrullo—se aceptan en la bolsa del diarismo con un ochenta por ciento de pérdida para los dueños.

Don Gaudencio es un propietario rural en tierra caliente; preocupado con el invierno de los últimos días escribe a su mayordomo de *La Burrera*: «La estación está pésima. Ha llovido a chuzos de día y de noche. Mira uno al cerro, y lo ve todo rucio; rucio del lado de Usme, rucio del de Cruz Verde, rucio por todas partes. Al mejorar un poco el tiempo, me tendrás por allá.» *Si todo paisaje es un estado de alma*, ya conoció el lector la de don Gaudencio.

Al mismo tiempo el poeta Flórez observaba la crudeza de la estación y describía sus impresiones en un soneto que comienza:

«Estaba el cielo inconsolable; él día  
gris; a lo lejos como denso muro  
se dibujaba el horizonte oscuro  
entre la niebla perezosa y fría...»

Sólo que el porta-lira no se dirigió esta vez a ningún mayordomo sino a millares de lectores que lo admiran y aplauden, ni al hacerlo tuvo en mientes una vaquería sino el inocente propósito de interpretar un estado de la naturaleza, para solaz de los que sienten.

¡Cómo es de cotidiana la vida! dijo un día Laforgue.

Todo es trivial e indiferente en sí mismo; el hombre se encarga de vestir las cosas según el temperamento que le es peculiar. El asno llega a un jardín y cierra con flores y macetas; ante las flores, la mujer culta sueña, el filósofo sonríe, el poeta delira, calcula el jardinero profesional. Cierto que los sueños, las sonrisas y los versos no se cotizan ordinariamente, pero las emociones que causa la belleza intensifican la vida a quien es igualmente útil el cultivar flores para venderlas, como el verlas solamente para cantarlas... ¿Si el dinero no sirve a mejorar la existencia, para qué sirve? El es materia prima de donde pueden extraerse los más elevados placeres, y ésta es solamente su razón de ser, pues almacenar doblones en un arcón vale tanto como echarlos al mar, y crear riqueza que se transforme en sueños, en alegrías perennes, en entusiasmos, en amor, es colaborar en el progreso. El hombre no concibe el mundo sin la alegría del arte. En último análisis, todo esfuerzo se traduce en belleza de la que forma parte la belleza moral. En el proceso transformador, se consume la materialidad visible en provecho de la idealidad que perdura. ¿Qué fué de los millones de sextercios que costaron a sus dueños los vasos murrinos que admiramos hoy en los museos? ¿Qué se hicieron las legiones de esclavos e incontables rebaños que se trocaron por las diosas de mármol para las villas romanas? Sacrificados fueron en la transformación, para contento efímero del que los recibió en cambio de su bella obra que nos alegrará para siempre. Pero no piensa así don Gaudencio: él cree que su noción del invierno es la única que aprovecha a la Patria, así como la daña la noción rimada de Flórez. ¿Por qué? Al deplorar don Gaudencio que llueva a *chuzos* expresa tácitamente la pena que le causa privarse de dirigir ciertos trabajos en la *Burrera*, que se traducirían por buena copia de monedas. ¿Qué hace con ellas? Contarlas, recontarlas daríale un placer que se hundiría con él en el polvo. ¡Mas nó! Don Gaudencio es pa-

triota, y las destina á educar niños pobres, es decir, a mejorar la Patria y el hombre, y la educación hará evolucionar en los favorecidos la noción simplista de la vida —la del asno ante el jardín— para convertirla en otra más elevada, más inmaterial, pero no menos real, como son las flores que se contentan con ser bellas y brindar perfumes, comparadas con los troncos que sirven para tantas cosas. Acaso la razón y la belleza sean cósmicas, hijas como son ambas de la divina energía.

El que cultiva flores para extraer y vender sus esencias, el que las copia en el lienzo, para solaz o provecho, el que las describe en buenos versos, el que las obsequia cargándolas de sentido; el que las mira sin finalidad; el que las arranca para sembrar *pará*, son todos creadores de una categoría en el orden del progreso humano: todos ellos, aunque por diversos caminos, concurren a idéntico propósito: unos en línea recta, otros en espiral, otros en ziz zaz: a la idealización de las flores; y ya sabemos que *idealizar* es la forma más pura de vivir.

Cuando don Gaudencio se subleva contra los poetas *no ve falso, ve corto*, ignora que él es poeta a su manera, y lo es peor todavía, obrero activísimo, patrono, y, a la postre, fautor de poesía.

Esta miopía espiritual se exculpa en don Gaudencio pero es inexplicable en ciertos periodistas, aún más obligados que aquél, a ver lejos, muy lejos. El poeta moderno, puestos a un lado los embelecos y perifollos de que exornó al vate la antigüedad clásica, es un hombre como los demás, que siente como todos la vida, que se preocupa cual los otros por los afanes de su tribu, de su pueblo, de su siglo, de su especie; que procura convertir en flores, mediante un proceso penosísimo, la estructura leñosa de las ciencias, y que gusta de aparecer en público, no con el lodo que mancha las ropas del labriego —que él también puede serlo— sino con la orquídea con que decora su frac la elegancia de Brummel. Si el poeta es un *ver*, según la

metáfora griega, ¿en qué forma modifica la realidad de las cosas la elección de palabras con que se expresa la visión coloreada del universo? La naturaleza existe para todos los ojos que quieran verla; sólo que unos la ven mejor que otros. ¿En qué perjudica esta acuidad a los demás hombres? ¿Qué puede rectamente deducirse de ella contra la utilidad común, contra las labores positivas de la especie? Los fenómenos siguen inmutables ante la pupila que los observa mal o bien, ante las palabras que los describen bella o torpemente. Arrebatad la belleza a las cosas y habréis amenguado su esencia; quitad al hombre la facultad de admirarse y expresar su admiración bellamente y lo haréis retroceder al bruto. Hasta el pesimista sombrío exculpó al universo *como fenómeno estético*.

Repútanse vulgarmente las matemáticas como símbolo de aridez. Sus legiones de signos de monótona similitud, son el espanto de los estudiantes perezosos y el paraíso de los hombres prácticos que esperan exprimir de aquel grimorio la fórmula característica de la fortuna. Sin matemáticas no hay progreso; sus ecuaciones cifran lo que es, lo que será, lo que puede ser, en muchos órdenes de ideas. A su sello de fábrica no escapa ciencia alguna; todas se inspiran en su probidad, se acogen en sus métodos, se honran con sus fórmulas, descansan en sus afirmaciones. Ellas brindan estímulos a la virtud que falla y normas perfectas para la destrucción de la vida, pues sin su intervención cuantitativa no son posibles ni la química ni la metalurgia. A tal punto parecen dominar la esfera de lo positivo. Y sin embargo, un ideal más alto va vinculado a las matemáticas. Ellas serán la brújula de la inteligencia, ellas firme escalón para trepar siempre más alto, ellas el ápice extremo en que casi se palpa la vida extrahumana. Oíd a Novalis: «Las matemáticas puras son la contemplación de la inteligencia en cuanto es universo. La vida superior es matemática. Puede haber matemáticos de primer orden que no sepan contar. La vida de los dioses es matemática; los números son los

dogmas.» Este es el punto preciso en que las ciencias exactas se tornan poesía. Flammarión sería el astrónomo según la mente de Novalis.

¿Y a su vez la música, con su imprecisión infinita, no es también otro camino para llegar a la verdad?

La mera exposición de la belleza difusa no implica necesariamente en el poeta la imposibilidad de ver las cosas como los demás. Bastaría verlas y callar. Su pecado estriba en contar cómo las viera. ¿Qué invencible antinomia puede existir entre el poeta y el hombre de negocios, entre el estadista y el poeta, entre éste y el sociólogo? ¿Por qué ha de ser el rimador, antípoda de los otros mortales? ¿La acción y la expresión de la belleza son antitéticas? ¿Exponer las ideas en períodos regulares, con una acentuación dada, y consonantes al final de los renglones es un ejercicio que inhabilita para trazar utopías políticas o ejercer funciones internacionales? ¿La palabra no es, no debe ser heraldo y conductor de la acción? Así lo entendieron los antiguos; así lo declaró France en su discurso a Brandes. Oído:

«Ajax, en la tragedia de Sófocles, dice con toda la ingenuidad helénica, que él había creído largo tiempo que los hombres estaban conformados para *obrar*, pero que advertía que lo estaban sólo para *hablar*. Es esta una verdad que los bárbaros han podido desconocer por siglos, pero que se nos revela tal como ella apareció a los griegos sutiles. La palabra rige al mundo. Por eso tú, Jorge Brandes, curioso de conocer los grandes movimientos humanos, y de las sociedades en este siglo, estudiaste las *obras de los escritores* de preferencia a la *vida de los hombres de acción*, puesto que los pensamientos explican los actos que no tienen significación por sí mismos.»

De aquel capitán romano a quien nombró Tácito, «el divino Julio César, el más grande de los autores», se sabe de cierto que cuando más preocupado andaba atravesando los Alpes, compuso su célebre tratado de *Analogía*, y tuvo irresistible vocación a los renglones cortos. Sus exámetros

son dignos de Lucrecio. Más cerca de nuestros tiempos, Federico de Prusia quiso alternar con los de Marte los gajos apolíneos. Es lástima que hombre que amó tanto como él la poesía, hasta el punto de preferir sus glorias incruentas a las de Belona, hubiese gastado tiempo en escribir versos que hicieron las delicias de la malevolencia volteriana.

Pensad en la Reforma, suprimiendo a Erasmo; en la gran revolución de Francia, eliminando a Voltaire; en la de 1848 sin Lamartine; en la caída del Segundo Imperio omitiendo a Hugo. De la moderna Italia eliminad a Parini, a Giusti, a Carducci, a D'Annunzio; pensad en la Alemania actual sin Goethe y sin Nietzsche.

América tiene también sus vates decisivos: la sombra de Bello ampara como una encina la vida de grandes pueblos Hispano-parlantes. Bolívar fué un poeta genial que no escribió versos pero su inspiración es de la más pura ley: como poeta sintió todos los temas y realizó todos los imposibles. Martí, que se le asemeja en muchos rasgos, escribió y vivió su propia epopeya. ¿Y Sarmiento?...

La poesía, desde el punto de vista de la técnica, implica una labor más estricta y castigada, pero el trabajo periodístico, a quien aspire a ser tomado en cuenta, no es faena menos dura y difícil. Editoriales hay que valen por un poema, aunque vivan menos que las estrofas, y desde Mallarmé, «todo lo escrito es poesía menos lo que vaya en la cuarta página de los diarios.»

Dejémos, pues, a don Gaudencio abominando de los poetas, y seamos más justos con los artífices de rimas, con los creadores de bellas quimeras: ellos pueden ser capaces de equipararse a los más estupendos críticos en aptitudes, en disciplina mental, en patriotismo, en experiencia. El halcón se remonta hasta perderse en las nubes, pero ve a voluntad detalles y conjuntos, y cuando posa en tierra, prueba también con sus ocho garras cómo sabe ser apto para la lucha por la vida.—GUILLERMO VALENCIA.

(*El Marconigrama*. Londres).

# PAGINAS DE LA ESCUELA NORMAL

A cargo de don Omar Dengo

Para los graduados de la Escuela Normal de Costa Rica, de 1915, 1916 y 1917, las páginas de esta sección de la revista representan, en mucho, el servicio de comunicación con los exalumnos y de éstos entre sí, que la Escuela, tantas veces, les prometió organizar.

La aspiración que tal servicio entraña incluye la posibilidad de varias importantes fundaciones post-escolares. Si llegasen a existir, todas encontrarían alguna expresión en estas páginas,—ojalá la mejor. Pero si no, siempre habrá alguna palabra que decir, capaz, por su belleza o su verdad, por su justicia, de ennoblecer la obra cada vez más vasta de la Escuela Normal.

Con el estudio de problemas de educación, con la referencia de las actualidades pedagógicas, con la crónica de la vida de la Escuela, iráse edificando poco a poco, alguna porción de aquella obra. La colaboración de los alumnos de la Escuela, graduados y por graduarse es, desde luego, parte principalísima en esta tarea.

Desearíamos que las energías que vamos a consagrar a este trabajo, se consumieran modestamente en una apacible labor de meditación serena y fervorosa.

¶ Pero la Escuela Normal ha venido viviendo rodeada de una tempestad de incompreensión, toda odio, y esa tempestad háse nutrido de su misma impotencia, clamorosa en el silencio de quienes podrían romperle las olas a golpes de pluma. Pudiera acontecer, pues, que en algún instante estas páginas de paz, se tornasen airadas, también por amor de verdad. ]

## LA VIDA DE LA ESCUELA

CORRESPONDENCIA

Publicamos fragmentos de cartas dirigidas a la Dirección de la Escuela en estas vacaciones.

Dice la Srta. Bertalia Rodríguez, alumna del II N:

A mis compañeros tampoco pude verlos antes de venirme, y deseaba proponerles una idea para realizarla el año entrante. Cuando Ud. se despida de ellos, hágame el favor de decirles que quiero que a la vuelta llevemos cada uno ₡ 1.00, para comenzar a adquirir lo que se haya escrito acerca de Bolívar. Este año don Anastasio nos ha impulsado mucho a hacer el estudio de la vida de Bolívar, y todos hemos leído bastante, pero mi deseo es tener en mi año una pequeña biblioteca y leer mucho más, y mantener durante todos los sábados del año el fuego encendido para Bolívar. Propuse esta idea a algunos compañeros, y ellos ofrecieron dar sus libros.

La biblioteca de la Escuela me hace una falta inmensa. Aquí leo un poco por las noches y a medio día, pero nunca con la misma satisfacción que en la Escuela, porque leyendo con los compañeros se comenta y se discute mucho, y se saca más provecho. (Desde San Ramón. Diciembre de 1917.)

Dice el señor don Salvador Umaña, graduado en 1917:

Cada día me convenzo más, al dar mis clases, de que es mucho lo que me falta que estudiar para poder oír sin sonrojo el llamado de *Maestro* con que los niños me saludán cada mañana; pero al par que pienso en esa laguna de mi sapiencia, me hago justicia, y me creo marchando por el buen sendero hacia una meta perfectamente definida; si esa Escuela no le da a uno—porque sería imposible que se lo diera, ya que *hay que conquistarlo*—todo el caudal de conocimientos que en su vida de maestro necesita, si lo acondiciona para que por sí mismo llegue a adquirirlos y, lo que es mejor aún, hace que

sus discípulos tengan la plena conciencia de sus defectos. Creo que digo lo que siento si proclamo que fué en la Escuela Normal donde me comencé a ver a mí mismo, donde deveras pensé en mi *yo* como futuro hombre y donde inicié mi autoeducación, de cuyo trabajo escrito Ud. tiene el primer esbozo. (Desde Nicoya. Enero de 1918.)

¶ De la Srta. Corina Rodríguez, graduada en 1915:

Vivo aquí estudiando hasta donde mis ocupaciones me lo permiten, leo un poco, y a la distancia a que estoy de la Normal, continúo la obra que élla aspira a realizar. Tengo un modesto centro y leo con tres maestros todas las tardes. Me propongo hacerles sentir las relaciones de la Escuela y la Sociedad. El 6 de Febrero pienso hacer con los alumnos de la Normal un homenaje a Ruben Darío y para entonces le ruego nos envíe un trabajito suyo. (Desde San Ramón. Enero 22 de 1918).

De don Vital Murillo, del I Normal:

Ahora le suplico un favor y es si podría facilitarnos a Honorato y a mí unos numeros del *Scientific American* para aprender ciencia e inglés y dispense la molestia. (Desde San Pedro de Poás. 16 de Enero de 1918).

De don Napoleón Pacheco, del II Normal:

Siento una necesidad en mis disciplinas de estudioso. Esa necesidad es la de orden en ciertos estudios, sobre todo en el curso de literatura española que vengo haciendo desde hace dos años. Me hace falta un plan lógico y consciente para ordenar mis lecturas desordenadas de clásicos. Y he pensado que pidiendo a Ud. su ayuda, pueda salir satisfecho de lo que me propongo. Quisiera que Ud. me indicara una manera lógica y consciente, y que esté a mis humildes alcances, para acometer tan difícil empresa. (Desde San José, 23 de Enero de 1918).

De don José A. Carazo, del II año, de Humanidades:

Yo aquí estudiando algunos animales y plantas.

Le agradecería muchísimo si me facilitara un diccionario English-Spanish, pues quiero avanzar en este sentido durante los días que faltan. Cuento con el apoyo del amigo S. Umaña que está aquí de maestro. (Desde Nicoya. 10 de Enero de 1918).

Mueven los fragmentos de esas cartas a extensos comentarios. Por ahora, sin embargo, hemos de contentarnos con preguntar: ¿Posee espíritu propio, creador, una institución que promueve y fecunda las inquietudes y las devociones de todo el grupo de juventud que ha escrito esas cartas? ¿En cuántas ocasiones ha logrado un colegio, en el país, que sus alumnos sigan viviendo en él, una vez concluido el año, o el último año?

#### ENSEÑANZA DE CIENCIAS

Algún periódico, a lo que creemos, del 9 de febrero, parece que intentara aludir a la Escuela Normal, a propósito de la enseñanza de las ciencias.

Nos da así la oportunidad de afirmar, en primer término, que esa enseñanza en la Escuela, es experimental. En el laboratorio de Física y Química, como en los más modernos colegios, cada alumno tiene un sitio donde hacer los experimentos e investigaciones que el estudio va exigiendo. Así también en el de Historia Natural.

Demás de que la Escuela presenta el único caso en el país, de un curso libre, nocturno, de Ciencias Físicas, desarrollado ante un grupo de señoritas, a petición de éstas.

Cuando—lo que será en breve—se publique el informe de las labores de la Escuela durante el año retropróximo, podrá leerse allí, además, el relativo a una asociación de alumnos, organizada por un estimable grupo de ellos, para estudiar ciencias.

El concepto de la enseñanza experimental daría pie a algunas opiniones interesantes relacionadas con la vida de la Escuela, que tal vez en otra hora consignaremos. En ésta, bastan a nuestro propósito las afirmaciones precedentes, necesarias ante la saña que hiere

a la institución; y oportunas, por acercarse el tiempo de que el país conozca cuánto valen sus colegios y los hombres que desde ellos dirigen, a la mejor juventud de la nación.

## WILSON HABLA A LOS MAESTROS

El 22 de Agosto de 1917, el Presidente Wilson dirigió al personal docente estadounidense, una circular que contiene las siguientes afirmaciones:

La guerra sugiere una nueva apreciación de los problemas de la vida nacional y una más profunda comprensión del sentido y de los ideales de la democracia.

La urgente demanda de una producción y distribución de los alimentos y de otros recursos nacionales, adecuadas a las necesidades del momento, ha revelado claramente la interdependencia de los individuos y la responsabilidad de la nación en su propio destino.

La necesidad de resguardar las organizaciones sociales e industriales del país, a pesar de las energías que la guerra consume, señala los límites extensos en que la vida moderna ha llegado a ser compleja y especializada.

Esas y otras lecciones de la guerra han de ser prontamente aprendidas, si la nación aspira a capacitarse para defender sus instituciones.

En presencia de la guerra, debemos aplicar la sabiduría que hemos adquirido, a ennoblecer la vida del mundo. En este esfuerzo por ampliar el concepto y la acción de las posibilidades humanas, le corresponde a la escuela primaria una extensa actuación. Es necesario, pues, que los jefes de enseñanza y los maestros, consagren más tiempo y mayor atención al estudio, en las aulas, de los problemas de la comunidad y de la vida nacional.

## Objetividad de la ciencia

En alguna parte leo: «La conclusión de Delbet es que la ciencia no conserva las trazas de su origen humano, en otros términos, que la ciencia es puramente objetiva, y, por tanto, en armonía segura con la verdad».

Estas cosas se afirman tan sólo porque se juzga que nadie se atreverá a mirar la falacia contenida en tales palabras. Precisamente porque se desdeñan las más elementales nociones de la teoría del conocimiento se pretende que existe la posibilidad de la objetividad pura en la ciencia que es un conjunto de concepciones humanas. Toda concordancia de las imágenes mentales con los objetos del mundo externo es aproximativa nada más. Y si alguna cosa ha podido probar la Psicología experimental es la variedad discordante de las imágenes que poseemos de los fenómenos y de las cosas de la llamada realidad. La objetividad pura en la ciencia es tan absurda como la impersonalidad de las grandes obras de la literatura o de la filosofía. Cuando la excelencia humana, por el contrario, se evidencia por la energía con que imprime las huellas de su carácter en cuanto pasa a través de su existencia. No es posible prescindir en las ciencias de la ecuación personal. Lo ha reconocido así francamente la astronomía y amenudo también la física y la química que llevan a término investigaciones de verdad. Las ciencias experimentales requieren, en último análisis, el ejercicio

de nuestros sentidos, los cuales a cada instante necesitan rectificaciones y corroboraciones que suelen conducir a las controversias entre los investigadores. Por lo demás, el sistema de los promedios es la clara revelación de la relatividad de las medidas y los cálculos indispensables a la obra de la ciencia, como efecto de la ecuación personal, que es negación rotunda de la pretendida objetividad de la ciencia.

ROBERTO BRENES MESEN

## Menosprecio de la Metafísica

Fácilmente se menosprecia cuanto se ignora. Hay, por eso, quienes desconociendo las relaciones internas existentes entre las ciencias y la metafísica como ciencia de los principios fundamentales del conocimiento, desdeñan pavorealescamente la filosofía y la metafísica. Invocan a cada instante el trabajo de laboratorio como medio de curación radical de todas las ilusiones y de todas las hipótesis que juzgan fantásticas porque en su opinión no comportan el cúmulo de los hechos necesarios a la existencia de la ciencia. Estas buenas personas sinceramente creen que son los hechos de tal o cual naturaleza los que constituyen la característica de la ciencia. Ponen empeño en ignorar que todos los hechos, cualquiera que sea su naturaleza, pueden organizarse en una ciencia, siempre que presida a su organización el orden impuesto por la metodología de las ciencias, ya que lo que imprime a un

grupo de fenómenos el carácter de ciencia es precisamente el método de ordenarlos, clasificarlos y explicarlos, cuando tal cosa es posible. Cuando este método falta, cuando se carece del verdadero espíritu científico, se puede manipular con todos los cuerpos químicos de la tierra sin llegar a construir un fragmento de la ciencia. La cual, por otra parte, para existir no requiere necesariamente la incubadora artificial del laboratorio. Las ciencias físico-químicas no son las únicas que cultivan la inteligencia del hombre. Un jardinillo o la orilla de un estanque, una tribu salvaje o una populosa ciudad, el océano o la noche estrellada son otros tantos laboratorios para el hombre que guarda en presencia de todos los objetos o de todos los fenómenos la actitud serena del verdadero hombre de ciencia que no se indigna porque los hechos de un instante afortunado contraríen todas sus hipótesis, o todas sus teorías, o todas sus convicciones de otro tiempo. Es visión estrecha y unilateral la de quien distingue en el mundo intelectual tan sólo las ciencias que estudian los objetos y los fenómenos de la naturaleza externa. También existen las ciencias que estudian los fenómenos y los productos o creaciones espirituales. La Psicología como estudio de los fenómenos del espíritu es el fundamento de todas esas ciencias, así como es la Filología la ciencia general de las creaciones o productos espirituales. Un monumento y unas ruinas, un manuscrito y dos cacharros, un grabado en el cuerno de un reno y un estado de conciencia son otros tantos laboratorios para el sabio de verdad. El simple laboratorio no hace al hombre de ciencia, porque entonces lo fueran todos los boticarios de la tierra.

Y parece ciertamente extraño que quienes pretenden

ser tenidos por hombres de ciencia que trabajan en los laboratorios y a la luz del día, se esfuerzan en probar que nada tienen que ver con los problemas de la metafísica, como si fuese posible la existencia de las ciencias sin la presencia de los elementos fundamentales de la metafísica. «Ese conjunto de abstracciones corrientes (tiempo, espacio, fuerza)—dícese—es precisamente el punto de partida de la ciencia». Por eso he afirmado en mi *Metafísica de la Materia* que la ciencia no puede prescindir de las nociones de la metafísica y que a medida que los investigadores penetran en la constitución de la materia se internan más profundamente en las especulaciones de la metafísica. Sin abstracción ni generalización no hay ciencia; pero estas actividades de la verdadera ciencia son al mismo tiempo las bases sobre que reposa la metafísica. No hay posibilidad de escapar de su alcance, salvo cuando se es el peón de la ciencia y no su amo ni su señor.

Por prejuicios de mentes que no se han liberado de los resabios de una anticuada cultura se ha llegado a ignorar cuantas y cuan profundas han sido las transformaciones de la metafísica en los últimos años: continúa hablándose de la metafísica con el arcaico desdén comteano. Y después de hacer esto ya se es el infalible hombre de ciencia!

No habla de esa suerte, sin embargo, el investigador original. Un Guillermo Wundt, uno de los fundadores de la psicofísica y de la filosofía científica, en sus *Fundamentos de la metafísica basada en las ciencias positivas*, dice: «Teniendo en cuenta la definición general de la filosofía, la segunda parte principal de la misma, la *doctrina de los principios*, para la cual queremos conservar el nombre de metafísica, tiene por objeto hacer ostensibles

los resultados generales de las ciencias particulares en un conjunto sistemático, constituyendo con ellos un sistema incontradictorio .....

Precisamente hay ciencias particulares como las matemáticas, la física, la psicología y la historia, en las cuales se originan ya por regla general hipótesis de carácter metafísico. Aunque la metafísica filosófica no tuviese más asunto que éste, tendría un carácter imprescindible el someter a una comprobación crítica aquella metafísica unas veces latente y otras veces manifiesta en el campo de las ciencias particulares, teniendo en cuenta las condiciones generales del conocimiento y también los puntos de vista alcanzados en otros dominios científicos que están muy distantes de ellos».....

Con eso se puede comprender igualmente la cuestión, tantas veces planteada, y relativa al valor y razón de ser de la metafísica, así como también su carácter imprescindible. Si alguna vez se lograra desterrarla de la filosofía, jamás podrá desaparecer del campo de las ciencias particulares». (Págs. 28 a 30 del vol. I de la obra citada.)

De modo, pues, que mientras aquí quienes no hacen ciencia ni filosofía desdeñan la metafísica, los que en Europa y América hacen la ciencia y la filosofía la tienen en la alta estima a que ella es acreedora.

ROBERTO BRENES MESÉN

## La escuela pública y el hombre

El servicio de educación pública en algunos países pobres se complica por un singular desequilibrio que se ha producido al querer prácticamente que la escuela primaria sea el único factor de la cultura nacional. Desde luego, entre nosotros, por ejemplo, la escuela primaria, en esa finalidad, resulta ser uno de los factores más deficientes. Los unos creen que ella bastaría a sus servicios con enseñarle a esta democracia a leer, a escribir y a contar. No soy humorista, pero confieso que hay momentos en que el escritor debe serlo, porque hay asuntos, como este último, que no serían tratados bien ni siquiera con furor sagrado; apenas les viene bien un cierto humor acre y corrosivo que disuelve semejantes simplezas. De esto hablaremos en alguna otra ocasión. A su vez, todos convienen en que a la tal escuela primaria le faltan rumbos, orientaciones, que es algo más sutil, ideales, que es algo más superior. Supongo que no es tanto esto lo que falta, como espíritu filosófico, que por otra parte en nada existe, ni en la sociedad, ni en el individuo, ni en las instituciones. Porque lo curioso es que cuando una idea semejante a esta de la orientación o finalidad ideal de nuestras instituciones educativas—que así debieron serlo y no lo son—se agita, aun entre las gentes que pertenecen al oficio, casi la mayor parte de ellas confunde esta finalidad ideal con los resultados simplemente prác-

ticos de la función escolar, y así se habla de una escuela agrícola o de una escuela industrial o de una escuela que prepare hombres para la vida, y como los conceptos generales que aquí tenemos de la vida son muy bajos, por consiguiente, la escuela atendería bien su deber si regulara su acción hacia el cumplimiento de fines bajos. No se vuela más alto cuando se dice que es justo exigir una relación íntima entre la escuela que alimenta el Estado y los intereses del Estado. Relaciónese esta idea con la de los estadistas que reclaman un *mínimum* de educación o, mejor dicho, instrucción para la democracia, y piénsese en el concepto que del Estado tengan tales hombres ilustres, y en el Estado que se nos producirá al cabo de unas cuantas generaciones si nos contentamos con que la escuela produzca un ciudadano mediocre y nada más.

Pero abundan los motivos que hacen estéril la obra educativa de la escuela nacional. El maestro vive en una incomprensión casi absoluta—y esto es lamentable—del espíritu del hombre, del espíritu de nuestro hombre, de sus necesidades internas y hasta de sus necesidades externas. El llamado a educar—respeto las excepciones—recibe a sus alumnos como un hombre perfectamente ignorante—si es que la ignorancia goza del atributo de perfección—en materias agrícolas, a quien pusieran frente a un campo de sembrar. ¿Qué sabe él de tierras, qué sabe él de semillas, qué sabe él de las épocas de sembrado, qué del arte del cultivo? Pues a este hombre se le pone frente de un terreno para que lo cultive. Y él lo siembra. La cosecha es mezquina, o mala. Entonces dice el sembrador: ¡es que la tierra no sirve! Y un vecino suspicaz pregunta para sus adentros: ¿Y por qué no el sembrador? ¿Acaso él está seguro de las buenas condiciones productivas de la

simiente que se le diera para ser sembrada, acaso él ha elegido la mejor época para hacer su cultivo, acaso obra él confiado, por saber propio, en la calidad y virtud de su tierra? De todos estas cosas él vive en una profunda oscuridad; sin embargo, él quisiera sacar la luz de su tiniebla.

Y aún más, es que no sólo ignora lo que es en sí y fuera de sí su discípulo, sino que él en sí y fuera de sí se ignora con más terrible ignorancia.

Después, que la institución es, por naturaleza, imperfecta, que los elementos de trabajo son escasos, y que aun aquí se sacrifica también el espíritu del deber para servir a estos o a aquellos intereses convencionales, y todo lo demás. Abrigar un exceso de confianza en la obra constructiva de la escuela, maleada ésta de tantas, pobreza y errores, es una peligrosa ilusión. Nada de esto mata la fe que en ella tenemos: esperamos con fe pura y sincera, que en medio de nuestros desórdenes, de nuestras debilidades, de nuestras vacilaciones, de nuestros apresuramientos, la escuela ha de quedar encendida como la lámpara que ilumine con más alentadoras irradiaciones el alma del porvenir.

Insistiremos en que se ha de haber sido más prudentes, cuando se quiso confiar la suerte espiritual—si en eso se ha pensado alguna vez—de la nación al trabajo ferviente de la escuela. Yo creo que al lado de la escuela abierta para el niño debió abrirse la escuela para el padre del niño, y todavía más: la escuela del hijo debe ser al mismo tiempo la escuela del padre. Y esto, entendido de un modo riguroso. La salvación de un pueblo no es posible abandonarla tan sólo a la buena ventura de sus niños. Nosotros vemos que esto no pasa de ser un noble anhelo que florece difícilmente, o que no florece; que no

se trata de la semilla caída en la buena tierra del Evangelio, sino aquella que creció para ser ahogada por las zarzas. La nación se queja de la escuela que nada le produce, que agota muchos esfuerzos sin resultado; pero es que la nación ignora la causa de su misma queja.

Tan obligatoria moralmente es la enseñanza para el hijo como para el padre.

En este orden de ideas, la universidad es tan orgánica como la escuela primaria, en la consciencia educativa de una nación. La universidad animada de un buen sentido filosófico; siendo una institución que continúa trabajando al hombre en sus mejores capacidades, en sus más bellas devociones, en la fuerza de su espíritu, no para hacer de él simplemente un profesional como hay muchos. Cuando esto se comprenda con justicia, ya se verá entonces como la universidad no es más que un hecho sencillo en el conjunto de las actividades educacionales del país. Podríamos pensar que en países como los nuestros, donde la ignorancia es infernal, el deseo de sabiduría ninguno y vergonzosa la voluntad de adquirirlo, la universidad como la escuela habría de ser sustentada por la Administración Pública.

Nos apresuraríamos a responder a esto, que cuanto se gaste por adquirir luces, bien poco es. La teoría del Estado educador, no se comprende en otra forma distinta.

Educar al niño y mantener al padre en la ignorancia, es una contradicción asombrosa. Por cálculo puede hacerse esto; en consciencia es un delito.

Yo sé que en teoría se avientan ideas como éstas: la escuela es la continuación del hogar; educando al niño se educa al hombre del futuro. Estos son idola fori, como entendemos por aquí eso de educar al hombre. Nada jus-

tifica que la escuela sea algo distinto del hogar. La misma ciudad, el jardín público de la ciudad, el mercado de la ciudad, sus calles, sus templos, no son cosas distintas del hogar ni de la escuela. La escuela es un incidente en la vida del ciudadano. Digámoslo con el valor con que han de ser dichas ciertas cosas, no es el incidente más importante en la vida de nuestro ciudadano. Si el padre de familia reflexionara mejor acerca de la superior naturaleza del hogar, de la acción legítima y profunda de éste en la vida de todos y cada uno de sus miembros, el hogar sería la escuela, la verdadera escuela del hombre. Para mí, esta escuela que arrebató al niño de su casa, del calor de su casa, para someterlo a una serie de las más arbitrarias disciplinas y lo devuelve al cabo erizado de defectos, es un artificio social.

Pero aun fuera del hogar y de la escuela, el ciudadano debe encontrar por todas partes motivos de cultura. Concebimos la idea de un hombre en perpetua actividad educativa, y la idea de un Estado pronto, sin escatimación ni duda, a procurarle a tal hombre una intensa y constante cultura, a satisfacer los reclamos de todas sus sedientas fuerzas espirituales.

RÓMULO TOVAR

## Sonata Primavera

Oh amiga que tan dulcemente amparas  
En tu suave amistad mi hosca fatiga,  
Purificando con tus manos claras  
Mi obscuro corazón, oh dulce amiga.

Si no puedo decir lo que te amo,  
Oh mi triste, perdona a mis amores,  
Y para ser piadosa con las flores  
No tardes mucho en desatar el ramo.

Merece la bondad con que lo asistes  
Cuando a ti se confía, lastimero,  
Corazón que, tan sabio en cosas tristes,  
Sólo sabe decir *cómo te quiero...*

Al amor de la tarde ya más rubia,  
Que algún suspiro a la pradera arranca,  
Te ha presentado en tu batista blanca  
Con un murmullo de ligera lluvia.

(Encanto pastoril, jovial secreto  
Que diluye en contornos más lejanos,  
La blusa clara, el escaipín coqueto  
Y la gentil capota con acianos).

Así alcanza primicia venturosa  
De florecer en tu temprana cinta,  
Al mismo tiempo que la vieja quinta  
Como un sueño de amor se aclara en rosa.

Y una emoción más grave lo estremece,  
Al llenarlo de ti la primavera,  
Con ternura tan honda, que parece  
Que va a llorar — como si no supiera.

Cada día que pasa está más cierto  
De ser más tuyo y de saber que lo amas,  
Como se ve más cielo entre las ramas  
Cuando se empieza a deshojar el huerto.

(Serenidad azul que predestina  
A una gracia mejor por más discreta,  
Como entre la hojarasca de la encina  
Se complace feliz la violeta).

Corrió el año, y la nieve fué su engendro,  
Y nevó en mí, más con candor tan leve  
Y angelical, que de esa misma nieve  
Mi alma se embelleció como el almendro.

Y la sombra llegó, y la tierra en calma  
Flotó en su seno, como nunca bella,  
Y yo me iba tranquilo con tu alma  
Como se va la noche con su estrella.

Lejos de la extensión oscurecida,  
Marchamos ya sin pesadumbre alguna,  
Y nuestras sombras alargó la luna  
Sobre un prado ulterior de la otra vida.

(Soledad del amor; claro desvelo  
De rocío y de luz; susurro vago  
De almas que tiemblan próximas al cielo  
Como ramas oscuras sobre un lago).

Mulló su arena pálida el olvido...  
Y allá en la orilla azul de la mañana,  
Nuevamente cantó la alondra ufana,  
Y el duraznero amaneció florido.

Oh amiga que tan suavemente curas  
El encono del cardo y de la ortiga,  
Apaciguando con tus manos puras  
Mi torvo corazón, oh suave amiga.

En la campestre exhalación del heno,  
Un sabor de buen pan la vida cobra,  
Y con los ojos que alza de la obra  
Bebe la fuerza del azul sereno.

Hínchase el alma audaz como una vela,  
El mundo, como un yunque, está sonoro,  
Y en el campo que al cielo se nivela,  
La luz deshoja su retama de oro.

Tras las huellas azules de tu planta,  
El deseo se humilla más hurafío;  
Y como el mirlo oculto en el castaño,  
Mi corazón su soledad te canta.

Cruza los aires un arrullo agreste,  
El orbe está magnífico y desierto,  
Y contigo es la claridad celeste  
Que te alborozas como a un lirio abierto.

Así como esa plácida alegría  
Que en abismado azul mi ser dilata,  
Compuse esta sonata, una sonata  
Simple y cordial: *quasi una melodía...*

LEOPOLDO LUGONES

(Del *Libro de los Paisajes*.  
Buenos Aires, 1917).

## Mi primer contacto con la injusticia

Fué mi padre gran viajero. Parte por afición, parte por motivos de salud, peregrinó mucho por América y Europa, hasta que los años lo obligaron a mayor reposo.

Por esta razón, los primeros de mi vida fueron, no dirigidos, sino suavemente empujados por mi buena madre, quien, ya por ser yo el más pequeño, y bastante más pequeño, de mis hermanos, ya por mi semiorfandad, me crió como a un verdadero Benjamín. Todo su empeño era quitarme las espinas de un camino tan enzarzado como el de la vida y evitarme los esquinazos, donde todas las calles son esquina.

El resultado tuvo que ser un muchachuelo tímido y receloso, en un pueblo de arrapiezos fornidos, capaces de darle un susto al miedo. Algo fantaseador también era, pero en ello no tuvo parte ni culpa mi madre, mujer muy casera y muy de su tiempo y de su pueblo.

A consecuencia de todo esto, cambié mucho de escuela y después de colegio. Bastaba que no me encontrara del todo a mis anchas, para que yo mismo, con bien pobre excusa, o sin ninguna, me diera de baja.

Al fin, por razón de proximidad, capital para lo asustadizo de mi madre, fui a dar a una de las dos escuelas superiores que había por entonces en la ciudad. Era escuela municipal, es decir para alumnos gratuitos, pero

los admitía pensionados. Como mi familia era acomodada, tuve la mala suerte de ser de estos últimos.

Digo mala suerte, porque de allí se derivó mi primer tropezón con la injusticia, de que conservo memoria.

Era el director más bien de pequeña estatura, pero recio, enjuto, hombre que rara vez sonreía, y cuya mirada severa, a través de los cristales cuadrados de sus espejuelos de oro, me parecía que trataba de insinuarse por las entretelas de mi pobre cabecilla, dispuesta a dejarse penetrar. Tenía don G... un concepto, que llamaré singular, de lo vidrioso de sus funciones, a causa de esa mezcla de discípulos que pagaban y que no pagaban; y, por no parecer parcial a favor de los primeros, solía pasarse de imparcial, es decir, solía saltar a pies juntillas la raya de la ecuanimidad y caía de cabeza en plena parcialidad.

A mi me tocó experimentarlo.

Entre mis condiscípulos, uno de los más aventajados, de buena familia, pero pobre y que, como tal, estaba en el colegio, gozaba de gran predicamento con el director; y, a lo que recuerdo, lo merecía. Era bastante mayor que yo y debía mirarme con desdén, por mi carácter un tanto añorado. Cierta día, sea por bromear o por amedrentarme, hubo de decirme: «Tengo un cartucho de picapica y voy a soplártelo por entre el cuello de la camisa».

Me llené de terror y de escozor. Todo atortolado y sudoroso, me fuí para casa y discurrí escribir una carta, lo más patética que me fuera posible, a nuestro don G... que me pareció entonces, a pesar de su corto talle, un Briareo centimano. Detrás de su sombra imponente y protectora me ponía yo, para que con un solo gesto me librara de la lluvia maléfica que ya me torturaba.

Temblando me dirigí de nuevo a la escuela, llena a esa hora de chicos y de bullicio, me deslicé como pude hasta la mesa directoral, y esquivando encontrarme con los ojos de mi verdugo, presenté humildemente al Director mi cartapacio, rogándole que lo leyese a solas y se dignase contestarme.

Del todo inesperado y para mí insólito fué el caso que se me presentó. Don G... leía y se sonreía, se sonreía sarcónicamente; a poco me hizo un gesto para que me detuviese donde estaba, y empezó a leer en voz alta ¡qué horror! ¡qué profanación!, recalcando mis pueriles y torpes frases; y así que hubo terminado su lectura y mi suplicio, me miró por encima de sus cristales cuadrados, y me dijo campanudamente:

«Si te pica, te rascas».

No sentí picazón, pero sí sobre mi cabeza el golpe de una gran losa, que todavía, de cuando en cuando, me pesa.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 12 de setiembre de 1916.

## Estampas de la calle

### ¡La miseria, señor!

Más de una vez, yendo por los arrabales de Madrid, por las calles céntricas de las capitales provincianas, por sus aldeas y caminos, al ver a las mujeres ir con el cántaro en la cabeza, sueltas y gráciles, como gentiles canéforas, he pensado: he aquí una estampa bonita, pero triste. Mientras no desaparezca, España será un pueblo atrasado.

La mujer que lleva el cántaro a la cabeza, lleva otras veces el lebrillo, el cesto de la ropa, el saco de patatas. Donde no hay carretilla o jumento, es la bestia de carga.

Ella, en fin, está ligada íntimamente a otras manifestaciones de la vida que hoy tienen ya por escenario único los pueblos de la cuenca mediterránea. Ella empareja con el hombre peludo y negro, tendido en la calle, al sol; con la mujer que peina y expurga a su cachorro en mitad de la calle, al sol; con la vecina que saca el anafe y adereza el puchero en el arroyo, al sol; con el que expone sus lacras a la piedad del viandante, en plena calle, al sol; con las gallinas picotonas y los perros famélicos que husmean en las basuras pestilentes; con los rapaces

que abren las colillas y ponen a secar el tabaco; con los viejos de capas pardas remendadas de negro y zurcidas de rojo, que no tienen otro quehacer ni proyecto que el de rascarse, rascarse, rascarse eternamente.

Ella empareja con todo ese casco de población extática, dormida y hambrienta, pingajo social, del que—yo no sé cómo—se han ido desprendiendo los países que son gloria del hombre. Ella empareja... ella empareja con todo lo que es miseria, me decís. Lo sé. Con la terrible miseria, con la clásica miseria, con la castiza miseria.

Los artistas españoles han hecho de ella un tema pictórico frecuente; pero no han conseguido que sea tema de conversación. Y sospecho que no lo sea, por anticristianismo. Desde cierto punto de vista, es así. Son los cristianos, los protestantes, los que han resuelto la miseria mendicante. Tal vez la miseria tolerada aquí sea una manifestación anticristiana.

En el lenguaje corriente, la miseria es la miseria económica, la falta de dinero. Pero, ésta, es en el fondo el corolario de las dos grandes y trágicas manifestaciones de la miseria: la insuficiencia física y la insuficiencia espiritual o educativa.

Sin acritud, sin malevolencia, al contrario, con marcado lástima y son de disculpa, oímos a toda hora del día la frase: «¡Es la miseria, es la miseria, señor!»

Y esta palabra absuelve momentáneamente los mayores delitos, abortados por la miseria moral. Ella absuelve el artículo falso de periódico, la aceptación de un puesto injustificado, la infidelidad, la explotación paterna. Se le endosa la culpa a la miseria económica, a la falta de dinero, para no confesar que la miseria está más adentro, en el personaje mismo. «Yo no tengo la culpa de no tener

dineros», se dice, cuando en realidad debía decirse: «Yo no tengo culpa de ser pobre de espíritu, de no tener recursos de inteligencia, de no tener dos armas que esgrimir, de no tener una educación que me ofrezca varias posibilidades». Esta es la miseria, la honda y trágica miseria de donde toda otra se deriva.

No es nueva, ni particular de España. Lo que aterra entre nosotros es la cantidad. Ella va creciendo, creciendo, como deseando emparejar con la miseria mendicante. Parece que los miserables de chaquetilla y sombrero flexible quieren ser más en número que los miserables hampones que dieron motivo a esta divagación, y con una nota de los cuales quiero terminar.

Acabo de tomarla. Es una nota callejera nauseabunda. La lentitud con que reaccioné ante ella, me puso de manifiesto lo hechos que vamos estando a tales escenas. Es verdad que algunos acabamos por educar los ojos a que no se detengan en los espectáculos asquerosos; pero otros se han aclimatado, no les choca.

La escena es la siguiente, muy sencilla: Un hombre sucio, ruín, de unos sesenta años, se agacha y recoge de un charco un envoltorio de papel de periódicos. Lo estruja; no lo desenvuelve. Le va arrancando, con mano inasqueable, los trozos calados por el agua del charco. Parecen cachos de verdura, desperdicios, los que asoman por los rotos del papel.

¿Qué hará? ¿Qué irá a hacer con la bola? ¿Llegará su hambre hasta el punto de verse obligado a recoger los desperdicios en los charcos de la calle?

Pero vi que no se preocupaba de lo envuelto. El mendigo quería la bola de papel por el papel mismo. La prensó en los huesos de sus manos y se la metió en el

bolsillo de la chaqueta, impertérrito, como si efectuara la cosa más natural del mundo. Luego se alejó. Por lo visto, recogía papeles para traficar «en grande» con ellos.

J. MORENO VILLA

(*Revista General*, Madrid).

## La educación de la sensibilidad

Nuestro actual amor a la música, único arte que costeamos de buena voluntad, viene de todo eso. Y no hay, que yo sepa, timbre de honor más alto para una raza. En la educación de la sensibilidad, que es toda la cultura, si bien se mira, considero más útil la música que la lectura. Aquélla es el verbo inicial de toda civilización, según entendíalo el griego antiguo, para quien las primeras ciudades, y con ellas la vida civil, la civilización misma, por lo tanto habían nacido al son de la lira. La vihuela gaucha, con su compungiva nota, fué determinando en el alma argentina una dirección espiritual hacia la vida superior que es la patria, así como la gota perseverante induce por la pendiente de las tierras el futuro manantial. Con esto, la música viene a constituir la verdadera enseñanza primaria, y así acontecerá de nuevo, cuando con los últimos residuos de la influencia cristiana, haya desaparecido la incrustación escolástica que aún nos paraliza, reintegrándose en su armoniosa continuidad la civilización interrumpida por veinte siglos de servidumbre.

LEOPOLDO LUGONES

(*El Payador*, Buenos Aires, 1916).